

# BAILAR 'LA RAMA'



**C**ada día cuatro de agosto, en Agaete se pretende revivir un antiguo rito pánico: la invocación a la lluvia. Los primitivos habitantes de la isla, en fecha que probablemente coincidiría con el solsticio de verano, cortaban ramas de pino en el monte cercano de Tamadaba; desde aquí se dirigían en procesión hasta la Playa de Las Nieves donde sumergían aquellas ramas en el mar. Por el camino cantaban y se contorsionaban, salmodiando viejas palabras mágicas que atraían sobre hombres y campos la atención de los dioses.

El rito, como tal, puede inscribirse dentro de los numerosos existentes relativos a la fecundidad (rito primero y básico en todas las culturas). Su ejecución no estaría exenta, por tanto, de ciertas acciones sexuales entre los participantes.

Como tantos otros, este rito de origen pagano fue asimilado por el cristianismo. Su fecha actual de celebración coincide con la festividad de la Virgen de Las Nieves. No obstante, y pese a la doble acepción religiosa que conlleva "La Rama", el acto en sí es enteramente "profano" tanto en su espíritu como en su ejecución. Se ha perdido, por completo, todo el significado mágico de la procesión; ésta es, puramente, un pretexto de diversión colectiva.

El día en que se baila "La Rama" comienza con una "diana floreada" a cargo de una banda de música que recorre las calles del pueblo.

Agaete está entonces invadido por "forasteros" muchos de los cuales han tenido que dormir al aire libre, en las plazas y aceras. Aquí y allá hay improvisadas tascas y ventorrillos que despachan bebidas y enyesques. Más tarde se procede al corte de las ramas (cada vez menos numerosas por los excesos anteriores). Con ellas en las manos, la gente vuelve a caminar las calles del pueblo, bailando apelotonados al son de una desafinada banda de música cuyo repertorio incluye las piezas más pobres del folklore nacional y local. El recorrido por el pueblo concluye pasado el mediodía.

Este rito colectivo de "La Rama" es, sin duda, una supervivencia interesante de la cultura aborígen. Su conservación es, por tanto, preciosa pero no, desde luego, en su presente estado. Parece necesario que a "La Rama" se le devuelva su primitiva pureza e intención, eliminando de la misma todos los elementos contaminantes (sobre todo esos horribles pasodobles). Ya no parece plausible pedir la lluvia agitando ramas en el mar ("eficientes" potabilizadoras sustituyen el antiguo favor de los dioses dándonos cuanta agua precisamos en la isla); pero podemos (¿por qué no?) con esas ramas en la mano reintegrarnos a un estado mental primitivo donde, por un momento, los cuerpos y el paisaje se fundan sin extrañarse uno a otro. Como cuando los guanches bajaban de Tamadaba a hundir las ramas de pino en el mar.